



¿GUERRA CON COLOMBIA?

Al momento del cierre de esta edición de *SIC*, las aguas tormentosas de la diplomacia guerrillera parecían haberse calmado. Todo esto surge a raíz de la decisión del gobierno colombiano de permitir que tropas de Estados Unidos operen desde siete bases militares en suelo colombiano. Después del llamado presidencial a una eventual guerra contra Colombia, el propio Presidente ha calmado sus nervios. En realidad, en la calle nunca se vivió ningún clima guerrero; la gente anda, más bien, en medio de las dificultades económicas y la zozobra diaria que se vive en ciudades y pueblos, haciendo planes para Navidad, montando su arbolito y, en las oficinas, repartiendo papelitos para la tradición del amigo secreto. En una de sus alocuciones dominicales, bajo el argumento de que la mejor forma de evitar una guerra es preparándose para ella, Hugo Chávez habló de manera ardorosa sobre la amenaza del imperio y de una supuesta guerra de los cien años que encendería a la América Latina entera. Desde Bogotá se le respondió que “Colombia no ha hecho ni hará ni un solo gesto de guerra a la comunidad internacional, mucho menos a países hermanos. El único interés que nos mueve es la superación del narcoterrorismo. Ante estas amenazas de guerra pronunciadas por el gobierno de Venezuela, el gobierno de Colombia

se propone acudir a la Organización de Estados Americanos y al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas”. Días después, Chávez echó hacia atrás en una visita al estado de Pará, en Brasil. “Ahora me están acusando por todos lados que voy a llevar al país a la guerra, me acusan de guerrillero, que llamo a la guerra. Y Colombia amenaza con llevarme al Consejo de Seguridad de la ONU. Hay que ser cínico, hay que tener la cara dura, un gobierno que está instalando siete bases para vigilarnos a todos nosotros”, dijo en un acto con la gobernadora de Pará, Ana Julia Carepa, con quien firmó varios acuerdos.

La guerra que sí se ha verificado en la zona de la frontera colombo-venezolana es la comercial, con terribles consecuencias para la población a ambos lados del río Táchira, que ha desarrollado por décadas una noción de hermandad y de intercambio que no conoce de rivalidades ni de patriotismos. Hay una pregunta que ha surgido entre los analistas políticos: ¿será que el Presidente no le perdona a los tachirenses el hecho de que jamás, en San Cristóbal, el chavismo haya ganado una sola elección? Hay algo que declaró, y fue título, Raquel Álvarez para el diario *El Nacional*: “El Gobierno no se ha percatado de la importancia que tiene la frontera”. Álvarez es directora del Centro de Estudios de Fronteras e Integración de la ULA.

MUERTOS POR PARACOS

A finales de octubre se produjo una matanza en el estado Táchira que ha traído, como es de suponer, una larga cola. El vicepresidente de la República no brindó información relevante sobre el suceso, pero sí calificó a los diez ciudadanos asesinados de tal forma que pudo colegirse de sus palabras que lo ocurrido fue asunto justificado. Así, el problema dejó de ser

la muerte de estos seres humanos. Se pusieron en la palestra las supuestas actividades que las víctimas realizaban en el territorio venezolano (según Ramón Carrizález, desestabilizar al Gobierno). Las declaraciones generan la impresión de que se abandonó la investigación del homicidio a sangre fría y se investiga más bien los posibles delitos en que podrían estar incurso los que fueron asesinados, con el pequeño agravante de que, por lo menos por ahora, a un muerto no se le puede abrir proceso penal. El hecho de poner el énfasis en la condición de posibles paramilitares de los muertos, genera en los oyentes la sensación de que ellos buscaron ese destino y su muerte aparece como justificada. Con diversas variantes, voceros oficiales han apelado a este tipo de argumentos en el pasado, como fue el caso del padre Jorge Piñango (a quien se le atribuyó la condición de homosexual, y bajo la misma se pretendió veladamente justificar su muerte). Es una forma de evitar el tema de la obligación general y universal de brindar seguridad a todas las personas que se encuentran en el territorio, culpando a la víctima por ser víctima. Pero más grave aún es que se está usando el argumento del paramilitarismo como excusa para justificar la violencia que ocurre en las barriadas populares. Se ha dicho que el problema de la delincuencia viene de los colombianos que se han asentado en Venezuela. Así se está generando cierta xenofobia hacia nacionales de aquel país al atribuirles a ellos la sospecha inicial de ser paramilitares y la de portar con ellos el virus de la violencia social. Esto es sembrar vientos que pueden terminar en graves tempestades.

EL TRAPO ROJO

Con toda esta alharaca alrededor de las siete bases militares, la (real o supuesta) amenaza que se cierne sobre la seguridad del Estado venezolano y las arengas del presidente Chávez, otra vez se habla del famoso trapo rojo. ¿Hasta dónde puede llegar un gobierno para ocultar sus deficiencias, sus ineptitudes, su corrupción? En el diario *El Universal* (8 de noviembre) declaró el ex ministro de la Defensa y ex canciller, Fernando Ochoa Antich; dijo que no creía que el acuerdo sobre las bases militares esté destinado a frenar el chavismo: “No creo que el acuerdo sea para frenar el expansionismo chavista porque todavía Estados Unidos no le ha dado la importancia que en realidad tiene. El problema fundamental es el narcotráfico. La derrota militar de las FARC está trayendo como consecuencia una disminución en la producción de la droga de gran importancia y con la presencia de los aviones en las bases habrá un mayor control de la actividad del narcotráfico”. En todo caso, Ochoa Antich se mostró en desacuerdo con el convenio suscrito pues, a su entender, Uribe cedió demasiado. Pero más allá de la diatriba en torno al pacto colombo-estadounidense, ¿cuál es la realidad venezolana? El Gobierno debe asumir lo que no ha asumido. La sociedad completa está sometida a un grave nivel de violencia que se desborda. En par-

te el discurso político colabora en ello, al igual que el complaciente tráfico de armas, la impunidad generalizada, la falta de una policía eficiente, la pérdida de funciones de las Fuerzas Armadas, la violencia familiar etcétera. La sociedad está aterrorizada e inerme. El Estado tiene una grave y pesada deuda que no debe escamotear, sino enfrentar y solventar. Por eso, la noción del trapo rojo parece ser una explicación muy plausible ante un Gobierno que no mira la viga en el ojo propio.

TRES SUCESOS CULTURALES

Ante un clima bastante cargado por efectos de la política, tres acontecimientos interesantes y refrescantes han distraído —en el mejor de los sentidos— la atención de los venezolanos: uno es la visita al país del escritor mexicano Jorge Volpi —autor del ensayo y de la novela, entre otras—, quien fue invitado por la Fundación para la Cultura Urbana para hablar de las megaurbes. Otro fue la Feria del Libro de la Universidad de Carabobo (Filuc), que abrió a finales de octubre en Valencia y fue un verdadero suceso de público y ventas. Y el tercero es el estreno de un documental, realizado por el historiador Carlos Oteyza en coordinación con las empresas Cinesa y Bolívar Films, donde hay un significativo archivo documental muy bien aprovechado por Oteyza. De excelente factura, constituye, por una parte, un homenaje a los hombres y mujeres venezolanos que hicieron posible el desarrollo de la industria petrolera, preparándose en la meritocracia y tomando para sí, poco a poco y no sin dificultades, las riendas de la extracción, refinación y transporte del fluido. Pero también es un recuento que ilustra la relación del petróleo con el país y su devenir político, social y cultural. Hay una primera parte de esta serie que parte desde los primeros descubrimientos del bitumen, a

finales del siglo XIX, y llega a los años cuarenta. Esta segunda parte arranca en 1944 y llega hasta la nacionalización, el primero de enero de 1976. Habrá una tercera parte, en proceso. Es un documento para entender cómo el petróleo ha sido, para bien y para mal, motor del desarrollo nacional. Como dice el mismo Oteyza, el petróleo ha sido el guionista de la Venezuela contemporánea, pero un guionista sin crédito. Un documental obligado para estudiantes, para profesores, para las comunidades de todo el país. Es un acicate para la reflexión y, por ende, para la comprensión del ser venezolano con sus defectos y virtudes.

20 AÑOS DE NO MURO

Se cumplieron veinte años desde el derrumbamiento del Muro de Berlín, aquella marca de la intolerancia que fue emblema de un mundo dividido y, en apariencia, irreconciliable. Hoy en día, cualquier muro, ideológico o físico, parece, en medio de los vientos de globalización, un intento ridículo de separar a los hombres. Y sin embargo, los sigue habiendo. O al menos eso se intenta. Que se derriben los muros no quiere decir que se haga polvo la Historia. Creo que debemos mantener despierta la memoria de lo ocurrido, dijo Ángela Merkel, actual canciller de Alemania.